

EL PAPAMOSCAS Y SU TIO,

PERIODICO DE LOS POBRES.



Continuacion del sueño.

- Muy buenas noches, querido tio.
- Adios, sobrino. Qué tal? ¿has correteado mucho?
- Mucho, muchísimo, extraordinariamente mucho.
- Y qué has visto de nuevo?
- Nada absolutamente; todo es mas viejo que la berruga que á V. le cuelga de la nariz. Los barrenderos siguen empolvando las habitaciones, las tiendas y los pulmones de los vecinos de la corte; los billetes del Banco dejando la mitad de la pringue por donde quiera que pasan; muchas madamiselas haciendo dengues por las calles y coqueteando á mas y mejor; y por último, infinitos monicacos que se pudren de tontos, y quieren eclipsar á los demas con la elegancia de su vestido, como si el mérito del hombre consistiera en los delicados respuntes de su ropa.
- Esa, Serapio, es una enfermedad hija legítima de la poca experiencia que generalmente acomete á la juventud, pero si en esta no abunda el entendimiento, suele pasar á la edad mas avanzada. Lo peor que hay en ello es, que asi crecen generalmente, y luego haciéndose idólatras de sus vestidos, todo lo sacrifican á su persona, sin tener en cuenta las necesidades de sus esposas y de sus hijos; pero esto es tan

frecuente, Serapio, que no debe hacernos impresion. Asi, soy de parecer, que continúes tu conferencia ministerial, en tanto que se hace hora de que cenemos.

—Ya dige á V. que me habia quedado en conversacion con mi secretario de Gracia y Justicia. Este ministro, tio, me hizo presente lo desgraciado que estaba su ramo, y las muchas injusticias que en él se cometian, por lo cual presentaba su dimision si no haciamos una reforma completa, y aboliarnos todos los abusos que hasta el dia se habian cometido.

—Veo, Serapio, que habias andado acertadísimo en la eleccion de ese ministerio, porque todos los ministros que has nombrado parecen muy hombres de bien, y esto ya ves que es poner una pica en Flandes.

—Esto consiste, tio, en que los he mandado traer de Mesopotamia, porque yo dige para mi sayo: cuantos ministros hemos tenido hasta el presente, han sido hijos de la misma nacion; es decir, de la nacion española, y teniendo presente aquel refran de que no hay peor cuña que la de la misma madera, presumí que la mayor parte de los males provenian de aquí; al fin, decia yo, los ministros son hombres como los demás, y están sujetos á las mismas pasiones; todos ellos tienen sus parientes y sus amigos á quienes han de preferir para todo justa ó injustamente, porque si mi tio Cenon fuera uno de ellos, mejor se tiraría á su sobrino Serapio por imbécil que sea, que á ningun otro que no le toca ni atañe. Todo esto me lo confirmaba el ver que la mayor parte de los destinos públicos están siempre desempeñados, no por los hombres mas acreditados por su aptitud y probidad, sino por los parientes, amigos y favorecidos de los favoritos y favoritas de los que ocupan los primeros puestos de la nacion; y este abuso llega á tal punto, que se pueden citar un millon de casos que escandalizan y encienden en rabia, porque manifiestan la arbitrariedad y el mal uso que hacen de la administracion que la nacion les ha conferido. Por estas reflexiones me pareció lo mas conveniente mandarlos traer del quinto cielo si fuera posible, porque no teniendo aquí parientes ni habientes, les quitaba la mitad cuando menos de los motivos de injusticias, y solo quedarian con aquellas de que no se puede prescindir, como son la pasion del interés y la influencia de unos ojos negros.

—Mala es esa última influencia, Serapio.

—Y tan mala como es, tio de mi vida, porque yo no sé qué tienen los ojos negros, y aun los azules y pardos, que hacen perder la chaveta á un santo, y son capaces de volver la virtud mas acrisolada. V. mismo, tio; V. con toda su formalidad y prosopopeya, no dejaria de echar sus pinitos y levantarse del sillón á pesar de su poltronería, si en este momento se apareciera como por encanto una de aquellas mariposillas que revolotean por las noches en el Prado en figura de angelitos.

—Ay Serapiol! Serapiol cómo te se encandilan los ojos con la impudencia de tus palabras! continúa tu conferencia ministerial, y no te ocupes en digresiones que no te son provechosas para el alma ni para el cuerpo.

—Pues continuando mi conferencia, me propuso el ministro que aboliéramos todas las pensiones, que concedidas á una multitud de gandules por una gracia muy tonta, en obsequio de alguna bella hourí, y de ninguna manera por consideraciones al verdadero mérito, no hacian otra cosa que propagar el ódio al trabajo, y aumentar la pedantería de los pensionados. Como una de las cosas que mas agobian á las clases industriosas, es el orgullo de todos aquellos que se imaginan muy superiores á los demás, y como este orgullo proviene, las mas veces, de unos ho-

nores mal concedidos; decía el ministro con razón: Para evitar que los hombres fatuos se envanezan, y estimularlos á los merecimientos de su patria, desplegando acciones dignas de la consideración de sus compatriotas, sólo se concederán cruces de distinción y títulos honoríficos, á los que por su constante laboriosidad presenten algún invento de una utilidad conocida, sea de la naturaleza que quiera; pero estos honores no serán hereditarios, para que los hijos no puedan nunca ostentar las virtudes de los padres sin iguales merecimientos, porque de aquí nace el que los hombres se abandonen, y descansen sobre la gloria que sus padres han adquirido. Por este medio, sólo premiaremos al verdadero mérito, y haremos que las insignias de distinción, sirvan para distinguir verdaderamente el talento y laboriosidad, y no podremos confundir al intrigante, al adulador, y al necio que compra á fuerza de oro los honores, con el que pasa las noches en continuas vigiliias para mejorar la suerte de sus semejantes.

—Muy bien pensado, le dice, ministro de los ministros; yo me complaceré en extremo en ver á los hombres humildes adornados y distinguidos, y sirviendo de estímulo á los de su clase, para que imiten sus acciones; así los que quieran peces tendrán que mojarse las pañatorrillas, y no les servirá el andar haciendo la rueda á las tortolillas de los ministros, para colgarse un cintajo que en la actualidad mas significa intriga é ineptitud que mérito verdadero.

—A todo cuanto el ministro habia dicho sobre el particular añadió lo siguiente:

«Se dan amplias facultades á todos los muchachos de todas las poblaciones de mi reino, para que tiren tronchos, barro y puñados de paja á todos los que adornen su pecho con cintajos mal adquiridos, y veneras que solo pueden venerar los necios cuando no son hijas de acciones heroicas, ni de servicios interesantes, sino del mentecato afán de figurar. No se permitirá el tratamiento de excelencia sino al que presente excelentes producciones, bien sea literato, bien zapatero, bien sastre ó picapedrero, porque al hombre no se le ha de acatar porque haya nacido hijo del duque ni del marqués, sino por los beneficios que la sociedad reporte de su entendimiento. Por el mismo orden se concederán los demás tratamientos, para que de esta manera no pueda ningún chuchumeco sobreponerse al mérito, ni pueda dar á su persona un valor que no merece.» En esto quedamos de acuerdo, y mandé venir al ministro de Instrucción y Obras públicas, para arreglar su departamento como verá V. otra noche.

Serapio se levantó, puso la mesa y cenaron en paz y concordia.

El banco de San Fernando.

—Me digiste el otro dia, querido Serapio, que tenías que habírmelo acerca de D. Baltasar Gonzalez, comisionado del Banco en esta corte; ¿qué noticias, pues, has adquirido de este caballero?

—Que ha desfalcado la cantidad de nueve millones de reales, imitando sin duda el ejemplo de sus amos.

—Bien! eso ya me lo has dicho en otra ocasion: ahora quiero saber qué hay de nuevo.

—Descaba preguntar á V. la razon que habia asistido al Banco, para crear en Madrid el destino de comisionado que desempeña el señor Gonzalez.

—Creo, sin duda, que habrá tenido la misma que para crear los de Barcelona, Valencia, Sevilla, Málaga, etc.; esto es, para la cobranza de débitos, giros y otras frioleras.

—Pues señor, á eso quería yo venir á parar: que el Banco español de San Fernando tenga sus comisionados en provincias, nada tiene de extraño y aun es absolutamente preciso; pero en Madrid ¿para qué le necesita? no tiene en este punto su direccion, sus oficinas generales y su caja? qué dificultad encontraba en dedicar una de sus secciones al despacho de la comision que desempeña D. Baltasar Gonzalez?

—Sobrada razon te asiste, sobrino mio, y aun de esa manera, habia la ventaja de que los fondos del Banco entrarian de hecho en la caja general, sin pasar antes por una segunda mano, con la probable esposicion de sufrir un descalabro, como efectivamente ha sucedido ahora.

—No se limita á esa sola la ventaja que redundaria en favor del Banco; hay otra, cual es que se ahorraria seis ú ocho mil reales semanales, que se dice gana el Gonzalez, producto de su comision.

—Es verdad, y á mayor abundamiento habria un ahorro nada despreciable de gastos que se invierten en comunicaciones, órdenes y otras mil zarandajas; porque ha de saber V., Sr. D. Tio, que el Banco y su comisionado mantienen dentro de Madrid la correspondencia que tendrian si estuvieran uno en *Londres* y otro en *Chile*, que ha dicho un poeta contemporáneo; es decir, que se ofician para todo lo que han menester, y aun me han asegurado que en vez de llevar los pliegos á la mano, los echan al correo, lo cual es altamente ridículo, amen de un completo despilfarro.

—Mira una cosa que no creo, amigo Papamoscas, pues en ese caso, no solo mereceria la tal conducta los epítetos que la has dado, sino que los accionistas tendrian derecho á poner el grito en el cielo, reclamando de quien correspondiese la reparacion de unas pérdidas que nada tenian que ver con las crisis monetarias.

—A propósito de crisis, tio de mi corazon, ¿qué tal vamos de billetes, de cambios, de agiotajes y de dinero? V. que lee los periódicos todos los dias, ha visto algo que induzca á creer saldremos pronto de la escasez metálica?

—Nada, hijo mio: nada! seguimos lo mismo: el Gobierno continúa en su vergonzosa inercia, y el pueblo grita, y se desespera, y...

—Tiene paciencia al fin, y se deja poner la albarda sin respingar siquiera.

—Mucho temo que llegue el dia que esto suceda; pero en las manos del Gobierno está evitar con tiempo una catástrofe, adoptando la máxima de *Tito Livio*: *In quovis Republicæ statu est semper inopiæannonæ publicæ cavendum ne plebs ad laboret: nam laboran facile seditionem movet estque intolerabilis.*

—Pues señor, me quedé en ayunas y lo peor es que lo mismo sucederá al gobierno, si lee lo que ha citado V. del *Tio Liviano*, pues me consta que no sabe el vascuence.

—Inglés, hijo mio, dirás que no vascuence: en inglés está escrito lo que he dicho; pero en fin, por si sucede lo que pronosticas, te lo traduciré al castellano.

«En toda especie de gobierno se eela escrupulosamente para que no falten los víveres á los ciudadanos: de esto depende la tranquilidad del Estado. Un pueblo hambriento fácilmente se precipita á escitar alborotos, que son mas fáciles de impedir que de apaciguar.»

—Ah! ¡al! ¡al! ahora si que lo he entendido y me voy corriendo á decirselo al oído á todos los ministros para que sepan lo que han de hacer.

Quiquiricosas.

En uno de los ratos que Papamoscas hacía compañía á D. Cenón, y mientras devanaban unas madejas de hilo para calcetas, se le ocurrió que podrían pasar el tiempo diciendo quiquiricosas, porque así no se dormiría y podría estar mas tiempo á su lado.

—Me agrada la idea, dijo D. Cenón, y desde ahora puedes dar principio con alguna que sea bonita, á ver si la adivino.

—Pues allá va esta. Tiito, qué es una cosa quiquiricosa que pasa por el río y no se moja?

—Serapio, esa es una salida de pié de baño, que ya esperaba de tí; no ves animal que eso lo saben todos los chiquillos?

—Pues V. no lo sabe, tío cilindro, y si no dígame V. qué es?

—Hombre es el sol, puede ser la luna, y puede ser todo cuanto refleja en el agua.

—Es V. muy torpígrafo, amiguito; se dá V. por vencido?

—Forzosamente, si no es lo que acabo de decir.

—Pues señor, son los billetes de banco, que pasan y repasan por la caja, y no se les quita el descrédito que llevan consigo.

—Diga V. otra.

Qué es una cosa que hace tilin,
y lleva mulas y un arlequin?

—Toma, pues eso está cantando como un canario, apostaría que es el carro de la basura?

—Ciertamente. Ya veo que eres un lince para esto de adivinajos.

—Pero tío, si esa quiquiricosa huele á escobas desde una legua. A propósito de escobas, sabe V. que el domingo por poco no nos ahogamos mas de cincuenta personas, á las doce del día, en la calle de Peligros?

—Cómo?

—Por el método nuevo.

—No te entiendo, si no te explicas de otro modo.

—No sabe V. que antes se barrián las calles de noche desde las doce en adelante?

—Sí por cierto; y me parecia muy buena determinacion, porque la incomodidad era mucho menos de la cuarta parte.

—Yo lo creo! á esa hora están ya cerradas todas las tiendas y la mayor parte de las habitaciones, y ademas las personas que transitan son un cortísimo número comparadas con las que transitan de día. Pues á pesar de todo esto, se le ocurrió al señor conde de Vistahermosa, que entre paréntesis, para tener la vista tan hermosa no tiene muy buen gusto á mi entender, en esto de limpieza; pues se le ocurrió, como digo, la peregrina idea de que hicieran la limpieza de las calles por el día, resultando de aquí que desde que Dios amanece y empieza todo el mundo á transitar por las calles, y las tiendas y balcones se abren de par en par para recibir un ambiente limpio y sereno, empiezan los barrenderos á traspasar el polvo, desde las calles á las tiendas y habitaciones, ingiriéndolo al mismo tiempo en los pulmones de los transeuntes. Esta operacion dura toda la mañana y en algunas calles gran parte de la tarde, y esta fué la causa de hallarnos el domingo á la hora que he dicho, envueltos en una nube de polvo que se elevaba hasta los tejados, y en una de las calles mas principales de la poblacion.

—Tío, si V. que es tan formalote, quisiera decir al señor conde lo

perjudicial que esto es para los pulmones, para los vestidos y para los muebles! Cuánto se lo agradecerían á V. todos los vecinos de Madrid, y particularmente las criadas dormilonas, y las señoras pobres que tienen que andar por las mañanas jugando al escondite con la espuerta de la basural!

—Serapio, eso pica ya en necesidad de á folio, y no es otra cosa que repetir lo que tantas veces se ha dicho. El señor correjidor no tiene que ver con la comodidad del vecindario, sino seguir adelante con lo que mejor le parece, séalo ó no lo sea, y por lo tanto, no esperes que yo despegue mi pico en palabras inútiles.

—Enhorabuena. Vamos, diga V. otra quiquiricosa.

En alto vive, en alto mora;

en alto tege la tegedora.

—Tío, yo conozco una señora que tiene todas esas cualidades de vivir en alto y de teger aunque no telas; pero no es tegedora, sino otra cosa muy diferente, y si urde, trama, y tege, es solo por mera afición.

—Y cómo se llama esa señora?

—Eso me guardaré muy bien de decírselo á V., porque me echaría una granizada de maldiciones, que valdría medio millon; pero solo diré á V. que es de tan alta alcornal...

—Calla, calla, no prosigas si no quieres que te tire las tenazas! márchate á dormir, y déjame ya de quiquiricosas.

Serapio hizo un puchero, rompió á llorar como un berraco, y se marchó á su cuarto renegando de su fortuna.

Toros de Osuna y Veragua.

—Gracias á Dios que has venido, hijo mío, dijo D. Cenón á su sobrino al verle entrar en su cuarto á mas de las once de la noche; gracias á la Virgen Santa que te veo despues de haber llevado un dia de la mas negra soledad que puedes figurarte! vamos, dime, pichon de mis entrañas, en dónde has estado? qué te has hecho? qué has visto? con quién te has acompañado? qué puntos has recorrido?

—Despacio, anciano compañero, despacio, que no soy costal que me vacio de un golpe, ni tampoco *trasunto* de un aguacero. Contestaré primero á su primera pregunta ¿cuál ha sido?

—En dónde has estado?

—Paseándome como un *tránsfuga* todo el dia por esas calles de Dios!

—Qué has hecho?

—Gozando de los *embalsamados pensiles* del Botánico, Retiro y otras partes.

—Qué has visto?

—He visto á muchas personas *nómadas* como yo; cometiendo *rapso-*
dias como yo, y haciendo *elucubraciones* como yo.

—Con quién te has acompañado?

—Con un *fashionable*, y el *dolce far niente* que iba en compañía *d' l'endroit*.

—Qué puntos has recorrido?

—He estado en las *orillas deliciosas* del Manzanares, viendo los *pa-*
seos matutinos y un *deshabillé* que estaba jugando al chito en compa-
ña de un *vivo interés de actualidad* y de las *cien peripecias* que habian
llegado hacia poco, hablando con *mil episodios* sobre una *cruzada* que
trataban de emprender contra los *asesinos literarios*, y especialmente

contra ciertos PEDANTES NECIOS que señalaron y de cuyos nombres no me acuerdo.

—Por los faralares del vestido de la doctora de Alcalá, te juro, sobrino, que no he tratado en mi vida jóven mas cuadrúpedo que tú. Tú hablando de tontos y de pedantes, cuando no hay en el mundo otro que lo sea mas que tú? quién te ha enseñado esa cáfila de palabras que has introducido en la conversacion sin venir á cuento? qué es eso de *rapsodias*, *nómadás* y *elucubraciones* que has dicho?

—Tíol yo no lo sé; pero deben de ser cosas muy bonitas cuando las he visto impresas en el folletin de cierto periódico.

—A ver, á ver; acércame el diccionario de la lengua que quiero convencerme... rapsodias... nómada... sí, aqui está... elucubraciones... no existe...

—Lo que no existe es un diccionario tan antiguo como ese ¿á quién se le ocurre tener ya la edicion de 1837? despues de once años, claro está que se han creado por la costumbre palabras nuevas, tales como *elucubraciones*, *rimbombaciones*, *pampem*, *pompompones*.

—Ay! qué bruto! Dios mio de mi alma! qué animal te ha criado la naturaleza, Serapio; ¿conque es decir que eres el *mono* de imitacion mas perfecto que darse puede? conque basta oír ó leer unas cuantas palabras, bien aplicadas tal vez á la conversacion ó escritura, para decir las despues sin tino ni concierto? Cesa, imbécil, cesa en esa mania, y hablemos de otra cosa si no quieres que me dé un dolor de estómago que me lleve pateta.

—Pues si V. desea que hablemos de otra cosa, voy á hacerle dos preguntas no mas: ¿cuál es el periódico de Madrid que refiere todos los sucesos al revés del derecho?

—No es muy difícil de adivinar: *El Herald*o?

—Recabalito! y cuál es el que dice las cosas sin revés y sin derecho?

—*La Gaceta*?

—No señor!

—*La Esperanza*?

—No señor!

—*El Católico*?

—Qué no!

—*La España*?

—Gracias a Dios!

—Y á qué vienen esas preguntas?

—Vienen á que *El Herald*o asegura que en la corrida de toros del lunes último, estuvo el servicio de la plaza menos desequilado que en las anteriores, y á que *La España* afirma que los toros fueron malos, y á que yo juro, entendiéndolo menos que ellos, que no es cierto ni lo uno ni lo otro, y apelo en mi favor y ayuda á diez ó doce mil ojos que habria en la plaza aquella tarde.

—Vamos por partes, querido sobrino, y no lo metas todo á barato: ¿en qué te fundas para asegurarlo?

—Me fundo en que jamás ha habido en la cuadrilla, en los picadores, en los mozos, en los caballos, en los alguaciles, en la empresa y en la autoridad, mas miedo, mas cobardía, mas descaro, mas flojedad, mas pereza, mas mofa ni mas tolerancia intolerable, que las que hubo por desgracia en la corrida del último lunes: tío Genon; toros bajados del cielo, con mas *cabeza* que un elefante, y mas brios y poder que cien Hércules reunidos, se harian malos, malísimos, pésimos, con la infame lidia que tuvieron los de que voy hablando. Para que un toro no se haga de *sentido*; para que entre á la pica sin dificultad; para que se deje poner

banderillas sin miedo, y para que acometa en fin al *trapo* sin recelo, es necesario que desde el punto en que sale á la plaza sea lidiado sin permitirle un instante de descanso; sin dejarle que sienta las heridas de la garrocha, ni las puas de los palos, ni las estocadas de muerte; y sucedió esto el lunes? díganlo los testigos imparciales de la corrida. Un vicho que toma una vara y hasta los seis minutos ú ocho no ve otro caballo delante, ¿no há de resentirse de la herida anterior y evitar un nuevo acometimiento? un animal que embiste al *trapo* y no halla objeto y se vé burlado y recibe hasta ocho ó nueve pinchazos, ¿no há de huir del peligro? qué valen en ese caso la bravura, ni la cabeza, ni el arrojo?

—Veo, Serapio, que hablas como un Séneca, y que tienes muchísima razón.

—Yo no hablo, tío, sino por boca de ganso: todo esto se lo oí decir á un hombre que estaba á mi lado y que parecía inteligente.

—Tanto mejor! así no creo que habrás dicho ningún disparate; pero esto no obsta para que me espliques algunas de las circunstancias de la corrida.

—Lo que es por hoy perdone V. por Dios, amigo mio: conténtese, pues, con saber que los seis toros de Osuna y Veragua que se corrieron el lunes, eran buenos, *escogidos*, de *cabeza* y de *mucho poder*: que merced á la infame lidia que sufrieron, se hicieron malos: que los picadores estuvieron, como nunca, *tumbones* y perezosos: que la cuadrilla, exceptuando á *Minuto* y *Javier* que se portaron bien, trabajó muy mal: que el servicio de la plaza fue *impeorable*: que los tres espadas no dieron ninguna en el clavo, y tres mil en la herradura, y que la dirección de la autoridad fue de lo más detestable que darse puede. ¡Ya se ve! como esto sucede una tarde, y otra, y otra, y otra, y el público sufre, y no arranca la plaza por su cimiento, y no se arma allí la de Dios es Cristo, y su excelencia confía en las trescientas ó cuatrocientas bayonetas que le rodean, ¿qué ha de hacer? ¿Cómo ha de mejorar la condicion de las corridas?

—Serapio! que te propasas, hijo mio: mucho confías en el reciente himeneo de su excelencia, que da lugar siempre á dulzuras y templanzas de genio! sin embargo, cuida de que un día no se levante de mal humor y dé al traste con todas tus sandeces: continúa tu relato, pero conteniéndote en los límites de la prudencia.

—No prosigo, que concluyo y siento hacerlo, dirigiéndome precisamente á la persona de quien nos ocupamos. ¿En qué ley ha leído el señor conde de Vistahermosa que cuando una espada no ha conocido la imposibilidad de matar un toro bien ó mal, debe hacerse uso de la media luna? ¿Es bastante motivo para ello que se aproxime la noche, y el animal haya recibido diez ó doce pinchazos sin éxito? ¿Ignora su excelencia que en la media luna está escrita la deshonra de un matador? Y siendo así, ¿por qué la mandó sacar el lunes para el quinto toro? Si faltaba tiempo para la lidia del sexto, ¿por qué, como dice un periódico, no empiezan las corridas á las cinco? Y si el señor conde es aficionado á dormir la siesta, y no quiere determinarlo así, ¿por qué no calcula los minutos que cada animal ha de estar en plaza?

—En vano te causas, caro sobrino; aunque eso que has dicho lo haya leído el gefe político en alguna ley *tauromáquica*, este señor está convencido, como *Platon*, de que *la ley es una opinion particular*, y en semejante caso él reputa sus mandatos como una ley.

—Entonces repito lo que dijo yo no sé quién hace mucho tiempo: «Los hombres están llenos de errores en todo género de materias.»

Madrid.—Imprenta de J. M. Ducazcal, plaza de Isabel II, núm. 6.—1848.